DOMINGO IV DE PASCUA (A)
Homilía del P. Antoni Pou, monje de Montserrat
7 de mayo de 2017
Hch 2,14a.36-41 / 1 Pe 2,20b-25 / Jn 10,1-10

Es fácil que asociamos las ovejas con el instinto de seguir al rebaño con su aparente falta de inteligencia. Fácilmente pueden evocar a aquella persona que sólo se siente a gusto y segura siguiendo los criterios y las modas del grupo, sin tener criterios propios. En el antiguo Oriente medio la figura del rebaño no tenía estas connotaciones tan negativas, y se empleaba para ilustrar al pueblo, al colectivo, en relación a su rey, llamado pastor.

En los textos bíblicos aparece que el verdadero rey del pueblo, el verdadero pastor, siempre es Dios. Moisés, los jueces, David, son llamados también pastores... pero en el trasfondo siempre queda claro que el verdadero pastor es Dios mismo.

A lo largo de la historia de salvación las experiencias de abuso de poder hacen clamar a los profetas. Ezequiel describía las maneras de los malos gobernantes, describiendo el mal pastor que no tiene cuidado de las ovejas: *Vosotros os alimentáis de su leche, os vestís con su lana, matáis las ovejas más gordas, pero no pastoreáis el rebaño. En vez de robustecer las ovejas débiles, curar las enfermas, vendar las que se han roto la pata, recoger las dispersadas y buscar las que se han perdido, domináis las ovejas con violencia y con brutalidad* (Ez 34).

Esto suscita en los mismos profetas la esperanza de que Dios mismo intervendrá para salvar su rebaño: en el libro de Jeremías oímos la voz de Dios que anuncia "Ha dejado que mis ovejas extraviasen... por eso **yo mismo** reuniré el resto de las ovejas "(Jer 22,2-3). La intervención promesa desemboca en el anuncio mesiánico de la venida al final del tiempo de un pastor que apacentará su pueblo según el corazón de Dios.
El Evangelio de hoy proclama que esto se ha hecho realidad con Jesús, que dice: "Yo soy el buen pastor".

Como ya habréis deducido, las imágenes de la relación del pastor con sus ovejas remite al tema del gobierno y el liderazgo. Les imágenes se nos vuelven familiares y empiezan a cobrar sentido cuando pensamos con los tipos de liderazgo que vemos en la política, en las empresas, en las organizaciones de todo tipo, y en nuestras propias comunidades cristianas. Hay diferentes tipos de liderazgo, y no todos humanizan. Oímos tantos relatos de liderazgos fracasados: por la corrupción, por el abuso de poder, o por incompetencias de todo tipo, que empezamos a dudar si todo liderazgo conlleva intrínsecamente el virus de la corrupción. Esto puede crear desánimo, porque nuestra sociedad tiene necesidad de instituciones justas, y si queremos desarrollarnos como colectivo, como pueblo, tenemos necesidad también de líderes que con más o menos carisma vayan delante y sepan gestionar el bien común, y sus aspiraciones más legítimas.

El Evangelio de Juan no es un manual para el buen líder, pero como siempre los evangelios nos proporcionan una espiritualidad, una mística, una profundización en los valores esenciales que podría dar motivación, color y direccionalidad al buen líder, a los buenos pastores que necesitamos en nuestra sociedad. Jesús se presenta como buen pastor con tres cualidades esenciales que no tienen los pastores malos:

Primera el buen pastor entra por la puerta del establo... no hace nada a escondidas, no máquina, no tiene intenciones ocultas, por eso el guarda le abre la puerta. El mal pastor es en cambio un ladrón (se apropia de lo que no es suyo) y un bandolero (alguien que usa la violencia para conseguir sus propósitos).

Segunda, el buen pastor conoce a sus ovejas, puede llamarlas a cada una por su nombre. Y el nombre significa la identidad diferencial. Conoce las necesidades concretas y tiene en cuenta la individualidad. Sabe reconocer las diferencias y la pluralidad.

Tercera. El buen pastor da la vida por sus ovejas. No es un jornalero, sino que se siente íntimamente implicado con la suerte de su rebaño, por eso cuando viene el lobo no huye, sino que permanece junto a ellas defendiéndolas.

Jesús llama también a la puerta: los que entren se salvarán. Podrán entrar y salir libremente, es decir hay un respeto por la libertad. Y procura pastizales: da a quienes lo escuchan alimento para que sea posible un crecimiento humano y espiritual.

Las ovejas, por otra parte, no son estúpidas: reconocen la voz de su pastor, y en cambio, huyen de los extraños. Esta es la gran cualidad de las ovejas, y que tenemos que pedir para cada uno de nosotros: poder descubrir cuáles son los verdaderos pastores. Lo podremos hacer si cultivamos en nosotros esas mismas cualidades que pedíamos para el pastor: aprender a cuidar de los demás, valorar las diferencias, respetar la libertad, crecer en humanidad dándonos... quizás así sabremos detectar por connaturalidad la voz de los buenos pastores y huiremos de los ladrones y bandoleros, que como lobos vestidos de oveja, lo que quieren es sólo robar, aprovecharse de las ovejas, haciendo destrozos.

Es decir que, de alguna manera, todos debemos ser pastores de ovejas. Como lo hico con Pedro, Jesús también nos pregunta tres veces a cada uno de nosotros: ¿me quieres? Y si le decimos que sí, nos dice "apacienta mis ovejas". Pedimos que Dios nos haga descubrir cómo podemos crecer en humanidad dando la vida por los demás. Cada uno desde su vocación y las propias posibilidades. De manera especial es necesario que se lo planteen los jóvenes que están en el cruce de su futuro. La sociedad necesita buenos líderes, y la Iglesia también necesita buenos pastores. Que Dios nos los conceda.